

## **LA INMACULADA VIRGEN MARÍA**

1ª lectura (Génesis 3, 9-15.20): *¿Quién te informó que estabas desnudo?*

Salmo (97, 1.-2.-3ab.3c-4): *«Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas»*

2ª lectura (Efesios 1, 3-6.11-12): *Él nos eligió antes de la fundación del mundo.*

Evangelio (Lucas 1, 26-38): *Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.*

La Iglesia celebra, con profunda alegría, tres momentos únicos de la vida terrena de María de Nazaret, alegría que brota del Espíritu Santo: “su Maternidad divina”, “su Inmaculada concepción” y “su Asunción al cielo en cuerpo y alma”. Los dogmas nos ayudan a ver que la fe de la Iglesia contempla esos momentos únicos de la biografía de María. Hoy contemplamos su concepción inmaculada. Y la fe de la Iglesia contempla a María como la primera resucitada.

¡Qué mal hemos explicado algunos dogmas en la Iglesia! ¡Y así nos va! Para muchos creyentes, “gracias” a ciertas explicaciones, creen que la Concepción inmaculada de María es una cuestión que se transmite en el acto generacional. La Purísima no hace referencia al sexo, sino a ser habitada por la Gracia de Dios desde el primer momento en que sus padres la concibieron sexualmente, claro. La diferencia entre Ella y nosotros es que Ella siempre dijo **SÍ** a Dios y nosotros **NO**. Lo fácil que a Ella le resultaba recibirlo todo como don y cómo nosotros nos apropiamos de todo. Esta facilidad fue fruto de la Gracia, ya que la entrega de María a Dios fue probada y tentada, se percibe en la visitación de María a Isabel.

Esta ignorancia o incompreensión del don divino, es ya consecuencia del pecado original, del que, según afirma el dogma cristiano, estaba exenta María. Sin embargo, somos nosotros, los hijos de Adán y Eva, los beneficiarios de esta condición excepcional de María, purísima e inmaculada, cuando celebramos este acontecimiento revelado, al comprobar, que la naturaleza humana de María ha sido capaz de alcanzar tal familiaridad con la divinidad. Esta familiaridad que tiene su origen en la plenitud de gracia derramada sobre María es un anticipo, con plena garantía, de que también nosotros podremos alcanzar el favor y la gracia de Dios, ya que formamos parte del mismo designio por el que el Creador todo lo hizo bueno. La diferencia está en que María gozó, desde el primer instante de su ser de este don puro del Creador, mientras que nosotros, tenemos que esperar la victoria sobre las impurezas innatas a nuestra condición de hijos de Adán.

Eva, compañera de Adán, se deja seducir por el príncipe del mal y trata de apropiarse de Dios a través del conocimiento del bien y del mal. Forma sutil, sin duda, de un amor que busca la apropiación del Otro. Este tipo de amor no solo es pecado, sino que, además, anda por acá la conciencia de Israel del pecado-raíz: la apropiación de Dios y, de esta forma, el deseo de apropiarnos de cualquier ser humano que nos resulta atractivo. Lo contrario de la apropiación es la obediencia de amor que, con frecuencia no entiende nada, pero confía radicalmente en Dios y en los seres humanos.

Esa misma confianza radical permite a María no preguntarse por el ser angelical, sino por lo que le transmite ese ser: **«llena de gracia»** que es lo mismo que “*agraciada*”; María ha sido preparada para el consentimiento radical, y le llegó inesperadamente, pero con certeza vocacional para su vida. María Inmaculada es la realización de esa esperanza en su grado máximo, ya que en ella el designio del Creador no ha sufrido interrupción alguna por parte de Satanás. El favor de Dios, la gracia divina, ha colmado a esta criatura excepcional con amor eterno hasta convertirla en hija predilecta del Padre, esposa fiel y fecunda del Espíritu Santo y madre consagrada por entero al Hijo de Dios encarnado.

Solo desde la plenitud del favor de Dios cabe concebir sin mancha la figura humana de María la Virgen, Madre de Dios. El título popular de Purísima se ha convertido en prototipo de la ausencia de pecado, así como de carencia absoluta de mancha. Sin embargo, el título de “*Inmaculada*” debería entenderse, tal como sugiere el apóstol Pablo, como quien vive en paz con Dios. Es decir, como aquel que espera alcanzar ese destino glorioso, para el cual fue creado el hombre, antes de que alguien lo enredase y confundiese con falsas expectativas salvíficas.

El destino glorioso del ser humano, que por designio del Creador era la vida semejante a la vida de Dios, se ha hecho carne y realidad plena en las purísimas entrañas de María, colmadas hasta la fecundidad por el Amor divino. Cuando olvidamos o prescindimos de la santidad de Dios, a la que sería imposible llegar si no se nos hubiera revelado, nos resulta difícil aceptar el hecho de una virgen que, por puro don, por pura energía divina, se convierte en Madre de Dios. Dios ha manifestado su Bondad en esta mujer que se dignó responder con total fidelidad a este proyecto de benevolencia trinitaria hasta el punto de aceptar, sin reservas, el misterio de la encarnación divina. La pureza en María Inmaculada es puro don de Dios, acogido sin reservas por María y en ella brilla este don al engendrar en sus propias entrañas y dar a luz de su propio cuerpo humano al propio Hijo de Dios. Es Dios, el puro Dios, quien puede realizar esta maravilla que asombra y transforma la misma naturaleza humana.

Esta fiesta de María se celebra en medio del Adviento. En este contexto de esperanza que la propia celebración del Adviento hace brotar, la fiesta de la Inmaculada de alguna manera cierra el círculo de la historia de la Salvación: desde la primera caída y la maldición consecuente, abierta al futuro a través de la estirpe de la mujer. El **«SÍ de María»** en la anunciación posibilita la Encarnación del Hijo de Dios.